

MOTIVACIÓN EN EL PROCESO EDUCATIVO

María Teresa Davis Díaz, *Ed. M.*
Corporación Universitaria Unitec

Resumen

El presente artículo muestra una panorámica educativa en donde el quehacer del maestro cobra especial relevancia, al considerarlo gestor importante y comprometido con la formación del estudiante teniendo en cuenta sus dimensiones humanas. Fruto de varios años de experiencia en el campo de la educación, este artículo refleja posturas de la práctica educativa con jóvenes a nivel universitario.

Palabras claves: motivación, educador, aprendizaje, educabilidad, estudiante.

Introducción

En la vida moderna el ejercicio de cualquier profesión que conlleve una cierta dosis de responsabilidad social, precisa, en quien la ejerce, una preparación cuidadosa en el ramo de la cultura a que se refiera ese campo específico.

La educación, por los múltiples aspectos de la vida humana, ayuda a desarrollar carácter, inteligencia, personalidad, criterio, juicio crítico, etcétera, e implica tener una visión del hombre que vive en sociedad y cuyo desempeño debe procurar el bienestar y progreso humano. Por su propia naturaleza la obra educativa es compleja y llena de responsabilidades, tanto para el maestro como para el estudiante; sus efectos pueden ser profundos y duraderos mientras que la persona sea persistente en sus prácticas.

Estamos todavía lejos de comprender la eficacia social de la educación como factor de mejora social y de comprender qué representa no sólo el desarrollo de los niños y adolescentes de hoy, sino también el perfeccionamiento de la futura sociedad que ellos habrán de construir. Así, la educación puede convertirse en un instrumento eficaz para realizar las más hermosas esperanzas de una sociedad.

María Teresa Davis Díaz es psicóloga, especialista en Educación y Desarrollo Cultural, magíster en docencia (Universidad de La Salle) y actualmente se desempeña como profesora de tiempo completo coordinadora del área socio-humanística de la Corporación Universitaria Unitec; mdavis@unitec.edu.co

Para que ese ideal se realice es necesario un abordaje consciente de los sistemas educativos, para que su filosofía no sea sólo su fundamento sino la meta a alcanzar, mediante la adopción de los medios propicios para ello.

Esto se vincula a una visión de futuro donde no haya temores ni impedimentos de orden mental ni didáctico, sino el convencimiento de cómo las posibilidades que se encuentran de manera intrínseca en cada individuo hallen las directrices apropiadas para desarrollarse, esto llegando a ser lo que se debe ser, en un ambiente de aprendizaje que puede a su vez ser modificado o mantenido por él mismo, pero que, mediante la actualización de esas mismas posibilidades, será un marco cada vez más amplio y profundo en la esfera del saber y de la trascendencia humana. Esta tarea no es ajena a la competencia del educador.

Compete al educador la acción de ayuda, apoyo y dirección, aspectos necesarios para el logro de los objetivos que se fija el educando, más o menos válidos y perfectos en tanto que el prototipo al que trata de parecerse y de quien toma valores así lo demuestre.

Indudablemente, el tema de la motivación para aprender en el aula incluye una serie de interpretaciones que no se pueden pasar por alto, porque configuran un todo mucho más complejo que la mera palabra motivación.

Como quiera que a los educadores les interesa que en desarrollo de su papel se tenga contacto con jóvenes en formación (conociendo los móviles de conducta, así como también la tendencia a la perfección de los seres humanos), conviene acudir a algunos pensadores que se dieron a la difícil tarea de observar el proceso de asimilación e interiorización de enseñanzas y de aprendizajes, tanto de conocimientos como de valores, actitudes y criterios, los cuales se dan mediante la presentación de modelos que, por sus mismas características, son meritorios de imitar y de mejorar.

La motivación

Conviene recordar que el término *motivación* se deriva del verbo latino *movere*, cuyo significado es "moverse", "poner en movimiento" o "estar listo para la acción".¹ El mismo término, según la Real Academia de la Lengua Española, significa "poner algo en movimiento" o "estimular una acción". De esta manera, un motivo es un elemento de conciencia que entra en la determinación de un acto volitivo; es lo que induce a una persona a llevar a la práctica una



acción. Se deduce así que referido al contexto pedagógico muestra dos polaridades, que en un "puente consciente" se involucran para interactuar bajo el mismo objetivo, esto es, el acto de esa potencialidad humana que consiste en la educabilidad del hombre bajo el fundamento de su tendencia a la perfección. Se evidencia la presencia del maestro y del estudiante, que bajo el influjo de alcanzar metas comunes logran una interacción racional-afectiva donde cobra sentido la motivación, puesto que proporciona motivos, es decir, moviliza la voluntad de enseñar y de aprender. Se logra una acción dialógica entre los actores del proceso pedagógico.

Ahora bien, el rol del maestro, teniendo en cuenta la motivación, consistirá en presentar motivos a sus estudiantes para que ejecuten voluntariamente los "rituales" inherentes a los aprendizajes y comportamientos específicos, tanto en la construcción del conocimiento como en el desarrollo de las actitudes coherentes que puedan proporcionar significado y aplicabilidad a lo aprendido. Según Barriga,² "el papel de la motivación en el logro del aprendizaje significativo se relaciona con la necesidad de inducir en el alumno el interés y esfuerzo necesarios, y es labor del profesor ofrecer la dirección y guía pertinente

en cada situación". Para estos autores, es el maestro quien ejerce la acción motivadora y quien moviliza en sus alumnos su energía para convertirla en un eficaz aliado. Así, el maestro al referir cómo él aprendió a ser tolerante, "engancha" en sus estudiantes el esfuerzo concomitante para que estos logren la aceptación de sus compañeros de grupo.

La forma de pensar en el estudiante está condicionada por los procesos motivacionales que su maestro utilice y, como consecuencia, el tipo de aprendizaje que produzca, puesto que están en juego condiciones también personales para adquirir aprendizajes y aplicarlos en el contexto conveniente y están presentes en la voluntad para aprender y en saber pensar, incentivado o no por la acción educativa del maestro. La estrategia no es exclusiva de quien enseña, puesto que en muchos casos el miedo a reprobación una materia y el alto costo socio-económico y afectivo que se genera, aporta lo suyo para potenciar el proceso de aprendizaje.

En el contexto escolar los docentes suelen valorar el esfuerzo que realiza el estudiante, de lo cual devienen motivaciones positivas, momento en el cual surgen alumnos que a su vez presentan alta motivación de logro y muestran confianza en sí mismos. Los que aceptan el fracaso manifiestan una auto-imagen menoscabada donde el control ambiental se les dificulta y, por tanto, renuncian al esfuerzo. De igual manera hay quienes evitan el fracaso, con lo cual se protegen a sí mismos, y al cuidar su auto-estima renuncian a esfuerzos, son poco participativos y hacen cualquier cosa por pasar inadvertidos.³

Es con grupos de estudiantes que con alta, baja o ninguna motivación para desempeñarse como seres inmersos en su proceso de aprendizaje, que los docentes pueden ejercer procesos motivacionales para que el desarrollo de las competencias que señalan los proyectos educativos se logren.⁴

Si las motivaciones son de orden negativo —esto es, si es el castigo, la represión, la burla, la baja calificación y afines son los elementos fundamentales con los que se espera movilizar las fuentes intrínsecas del individuo para el aprendizaje— muy probablemente el resultado puede ser contrario a lo deseado. Por tanto, vale la pena reflexionar sobre los mecanismos, las estrategias y los modelos didácticos que guíen el quehacer pedagógico dentro o fuera del aula.

Los mensajes que transmite el maestro con sus actitudes (por ejemplo, la organización de la clase, el ambiente de enseñanza-aprendizaje, la preparación de los contenidos a entregar, los mecanismos de retroalimentación al desarrollo de las competencias cognitivas de los estudiantes, la atención y calificación a sus aportes, la mayor o menor importancia a los resultados como al proceso de construcción de conocimientos, la aplicabilidad de los mismos, la experticia didáctica) constituyen una enorme resonancia en la movilización de la voluntad para que haya un cambio positivo y significativo en sus estudiantes, quienes están alertas a "condicionarlo" si efectivamente responde a sus expectativas de aprendizaje.

La programación didáctica,⁵ a través de la cual se



organizan los diversos elementos de una acción educativa determinada, muestra las metas a las cuales se debe arribar, teniendo en cuenta un grupo determinado de alumnos para no improvisar las tareas inherentes al acto de enseñanza. Esta programación ha de guardar características como la coherencia, contextualización, utilidad, realismo, colaboración en el trabajo y flexibilidad en la diversidad, dentro de un proceso educativo continuo cuyo objetivo es el estudiante, a quien precisamente debe referirse todo el esfuerzo del docente en su práctica educativa con especial preponderancia en motivaciones intrínsecas y extrínsecas de alta calidad.⁶ Teniendo en cuenta lo anterior, a continuación se esbozan algunas de las características que acompañan a los buenos educadores, las cuales abarcan los planos conceptual, reflexivo y práctico.

Algunas características del buen educador (motivador)

Es el educador quien desempeña diferentes roles en su quehacer educativo, los cuales se refieren a la transmisión de los saberes propios de su disciplina, la guía del proceso de aprendizaje, la investigación educativa y la formación de actitudes, todos en un engranaje perfecto para que la acción que se ejerce en el educando le lleve a actualizar el potencial trascendente que tiene el ser humano, es decir, le lleve a ser motivador. A continuación se esbozan algunas de las múltiples cualidades que debe tener el educador:

Fidelidad, consistente en ser leal a sus principios y a la vocación de enseñar lo poco o mucho que sabe, sin mezquindades en la construcción colectiva del conocimiento, dando de sí siempre lo mejor en beneficio de sus estudiantes, considerándose un ser en continuo aprendizaje y que no escatima esfuerzo alguno para procurar siempre la transparencia y coherencia entre su pensar y actuar, con su vida ejemplar y ejemplarizante.

Alta autoestima, porque el buen maestro se conoce a sí mismo y es capaz de controlar la manifestación de aquellas condiciones humanas que son susceptibles de mejorar, al fomentar el cambio consciente de paradigmas que sean perjudiciales para sí mismo en su interacción con el entorno y con los demás. Al ejercer autocontrol de sus emociones posibilita un ambiente de tolerancia donde los diversos actores desarrollan, igualmente, auto confianza.

Debe verse a sí mismo como una persona capacitada para irradiar (y de hecho lo hace) un proyecto de vida rico en posibilidades de permanente aprendizaje, donde tiene cabida el respeto cimentado en un buen auto-concepto y auto-aceptación.

Es comunicativo. Llámese comunicación no sólo al uso del lenguaje hablado o escrito de la lengua, sino también al lenguaje no verbal que incluye la mímica, los gestos, la mirada, la tonalidad de la voz, las actitudes y todo aquello que le da significado particular o reafirma algo que se manifiesta entre los agentes inmersos en ella. Y es que el lenguaje no verbal reviste gran significado en el proceso de enseñanza-aprendizaje, justamente porque deviene en un ambiente creado ex profeso para ello entre el maestro y sus estudiantes.

Posee capacidad para resolver conflictos. La diversidad cultural, favorecida actualmente por la globalización económica, política y social del mundo moderno, ejerce presiones de diferente índole, que se magnifican cuando no se generan las fórmulas mágicas para minimizar los conflictos emergentes. Es por tal razón que el buen maestro no sólo debe saber resolver conflictos, sino que es su responsabilidad propiciar los espacios pedagógicos para que sus estudiantes aprendan a resolverlos.

Tiene gusto por el trabajo en equipo. La construcción conjunta del conocimiento, el trabajo colaborativo, el engranaje transversal de las múltiples disciplinas, las redes de apoyo y un amplio número de posibilidades que brinda el compartir las competencias cognitivas, afectivas y psicosociales, se hayan en la base del trabajo compartido que no es ajeno al ejercicio docente. El trabajo en equipo es, por excelencia, el escenario donde se muestra el espíritu gregario de la raza humana, por tanto, también tiene de suyo el quehacer pedagógico enseñarlo y practicarlo por vía del ejemplo docente.

Actualizarse en su saber disciplinar, ya que es su obligación mantenerse informado de los adelantos y descubrimientos científicos propios de su área de conocimiento, puesto que ello le brinda mayor seguridad y autoridad científica en el proceso de enseñar a los estudiantes que tenga a su cargo. El buen maestro, por consiguiente, es un virtuoso del conocimiento de vanguardia.

Enseña a ser. Se preocupa por la formación integral de la persona anteponiéndola a los procesos de formación disciplinar e inculca la importancia esencial del ser humano en atención al desarrollo de sus dimensiones, donde su esencia es especialmente relevante para el proyecto de vida individual y social.

Enseña a aprender. Motiva a sus estudiantes para que utilicen las herramientas intelectivas, emocionales y psicoafectivas que conforman la competencia de aprender a aprender. A través de dicha herramienta se capacita para permanecer actualizado y reconstruye el conocimiento y la

nueva información, incorporándolos a su estructura mental. Aprender a aprender constituye la base fundamental para un aprendizaje significativo, importante en el desarrollo del campo ocupacional de cualquier individuo.

Enseña a convivir, al ser mediador entre el estudiante y la cultura a través de su propio nivel cultural, tamizado por las experiencias, éxitos y fracasos personales. Se convierte en un promotor de cultura resaltando los valores de la convivencia y la significación de estos en el contexto social del proceso educativo para que, al ser valorados por sus estudiantes, se produzca la aprehensión consciente de los comportamientos aceptados y/o rechazados por el grupo.

Enseña a hacer. Su labor no se limita a enseñanzas teóricas, sino que se preocupa por el desarrollo de las competencias que se pueden adaptar a los diferentes ambientes que exigen tanto la aplicación de diseño, como la aplicación y manejo de recursos materiales en la solución de problemas.

Enseña a emprender. La actitud emprendedora es ejemplarizante, por ello el buen maestro se convierte en modelo a imitar por la relevancia que otorga al desarrollo de la creatividad, lo cual consigue animando constantemente a sus estudiantes en la re-estructuración de modelos bio-psico-sociales que sean innovadores y propicien una mejor calidad de vida, respetando, claro está, la autonomía y libertad de grupo.

Las anteriores características han de estar alimentadas con altas dosis de motivación positiva, provenientes de su vocación docente. Sin embargo, los procesos de formación a docentes brindan una amplia gama de medios y recursos didácticos para el abordaje exitoso de su labor con los estudiantes, puesto que la finalidad última de la intervención educativa se encuentra en poder desarrollar el potencial de la estructura cognitiva de estos, con aprendizajes significativos que les mantenga motivados a acceder a nuevos aprendizajes y desaprender aquellos que resultan inútiles e inconexos con su entorno socio-cultural y psicoafectivo.⁷

Los estudiantes

¿Cómo concebir un proceso educativo o una acción pedagógica sin un receptor idóneo para ello? ¿Cómo son nuestros actuales estudiantes? Son personas ávidas de formación, de comprensión, de afecto, de modelos ejemplares que les orienten en su rol el desarrollo de sus potencialidades, sin perder de vista que son tan humanos y frágiles como nosotros, los que enseñamos. Se nos



ha encargado que mediante el ejercicio de la acción pedagógica, en conjunto —ellos y nosotros— propiciemos el surgimiento del ideal de persona que cada uno lleva consigo —como el sabio escultor que talla el bronce porque visualiza la hermosa obra de arte que allí se esconde—. Recordemos que *educar* deviene del latín *educere*, que significa sacar de dentro.

Los estudiantes quieren la escolaridad no solamente por aprender contenidos programáticos, sino por aprender a aprender, a vivir y a convivir con sus compañeros y amigos, y a desarrollarse como personas en un contexto social que brinde los elementos teórico-prácticos para establecer nexos socio-culturales en su desarrollo bio-psico-social.⁸ Por ende, el proceso educativo ha de ser altamente motivador, de manera que satisfaga las expectativas e intereses de los educandos.

Parecería que todo el éxito del proceso educativo recayera exclusivamente en el docente, pero “las preconcepciones o teorías implícitas del alumno son el punto de partida de su proceso de aprendizaje, también lo son para el profesor las teorías implícitas que tiene sobre la enseñanza, en la forma de una serie de representaciones o pensamiento didáctico espontáneo o de sentido común.”⁹

Referencias bibliográficas

- Barriga Arceo, Frida y Gerardo Hernández Rojas. *Estrategias docentes para un aprendizaje significativo. Una interpretación constructivista*. México: McGraw-Hill, 1999.
- Corporación Universitaria Unitec. *Proyecto Educativo Institucional (PEI)*. Bogotá: Corporación Universitaria Unitec, 2005.
- Diccionario Enciclopédico Terranova*. Colombia: Terranova, 1996.
- Gallego-Badillo, Rómulo. *El saber pedagógico: una visión alternativa*. Bogotá: Mesa redonda Magisterio, 1992.
- Iafrancesco V., y M. Giovanni. *Los cambios en la educación: perspectiva etnometodológica*. Bogotá: Magisterio, 2003.
- Medina Rivilla, Antonio y Francisco Salvador. *Didáctica General*. Madrid: Prentice Hall, 2002.
- Navarro, Rubén Edel. “El rendimiento académico: concepto, investigación y desarrollo”. [En línea]. Disponible en Internet en la dirección: www.ice.edusto.es/rinace/reice/volln2/Edel.pdf (Acceso 15 de febrero de 2007).
- Tapia, Alonso. *Motivación y aprendizaje en el aula*. Madrid: Santillana, 1991.
- Torres González, José Antonio. “El papel de las estructuras de apoyo y asesoramiento educativos en el proceso de integración sociolaboral de alumnos con necesidades educativas especiales”. [En línea] Universidad de Jaen. Disponible en Internet en la dirección: <http://tecnologiaedu.us.es/formaytrabajo/Documentos/lin1tor.pdf>
- Zubiría Samper, Julián de. *Tratado de pedagogía conceptual: Los modelos pedagógicos*. Bogotá: Fundación Alberto Merani, 1994.

Notas

¹ Adriana López dice que “La motivación es, en síntesis, lo que hace que un individuo actúe y se comporte de una determinada manera. Es una combinación de procesos intelectuales, fisiológicos y psicológicos que decide, en una situación dada, con qué vigor se actúa y en qué dirección

Los fundamentos ontológicos del Proyecto Educativo Institucional (PEI) de la Corporación Universitaria Unitec, reza: “Unitec concibe a la persona como el centro de su acción formadora y lo visualiza como un ser trascendente, ello quiere decir que el hombre no se agota en su dimensión física mundana, sino que posee una dimensión espiritual que le permite elevarse y proyectarse hacia diferentes dimensiones (...)” Pues bien, ¡el estudiante que tenemos es esa persona! Es a él a quien va dirigida toda nuestra acción educadora y sólo por él cobra sentido nuestro quehacer, es decir, la motivación en el proceso educativo.

Reflexión: La motivación condiciona la forma de pensar del alumno, la re-estructuración de sus paradigmas, de sus creencias, el abordaje de aprendizajes significativos, su forma de responder a los procesos de enseñanza y sus estilos de aprendizaje. “La motivación o necesidad de logro es el deseo o tendencia para hacer las cosas tan rápidamente y/o tan bien como sea posible (...) de lograr algo difícil (...) obtener un alto nivel (...) de destacar”¹⁰ ¿Somos sus educadores?

se encauza la energía”. Disponible en Internet en la dirección: <http://www.gestiopolis.com/recursos/documentos/fulldocs/rrhh/lamotivacion.htm>

² Frida Díaz Barriga Arceo y Gerardo Hernández Rojas, *Estrategias docentes para un aprendizaje significativo*. México: McGraw-Hill, 1998, p. 16.

³ Cf. Rubén Edel Navarro, “El rendimiento académico: concepto, investigación y desarrollo”. Acceso en Internet en la dirección: <http://www.ice.edusto.es/rinace/reice/volln2/Edel.pdf>

⁴ Cf. de Julián Zubiría Samper, *Tratado de pedagogía conceptual: los modelos pedagógicos*. Bogotá: Fundación Alberto Merani, 1994, p. 20.

⁵ Cf. Rómulo Gallego-Badillo, *El saber pedagógico: una visión alternativa*. Bogotá: Magisterio, 1992, pp. 14-15.

⁶ Cf. Antonio Medina Rivilla y Francisco Salvador Mata, *Didáctica General*. Madrid: Prentice Hall, 2002, pp. 107-108.

⁷ Cf. Frida Díaz Barriga Arceo y Gerardo Hernández Rojas, *óp. cit.*, p.15.

⁸ Cf. V. Iafrancesco V. y M. Giovanni, *Los cambios en la educación: perspectiva etnometodológica*. Bogotá: Magisterio, 2003, p. 81.

⁹ Frida Díaz Barriga Arceo y Gerardo Hernández Rojas, *óp. cit.*, p. 7.

¹⁰ José Antonio Torres González, “El papel de las estructuras de apoyo y asesoramiento educativos en el proceso de integración sociolaboral de alumnos con necesidades educativas especiales”. Universidad de Jaen. Disponible en Internet en la dirección: <http://tecnologiaedu.us.es/formaytrabajo/Documentos/lin1tor.pdf>